

dios mejicanos suspendian dientes y mechones de negros cabellos; que es lo que cuenta Hunter en sus *Annals of Rural Bengal*, esto es, que cada año á Birhum «se hacen sacrificios á un espíritu que habita en el «bela» (árbol). Esos hechos prueban que no es al árbol sino al espíritu que se supone que reside en él, á quien se ofrecen los sacrificios, y que este espíritu tiene atributos de todo punto diferentes de los de un árbol, y completamente semejantes á los que se atribuyen al otro yo de un sér humano. Además, recuérdese que se ven en ciertas pinturas murales del Egipto figuras de mujeres saliendo de árboles dispensando sus bendiciones.

Todavía tenemos una prueba directa más concluyente. En *El Sarawak* de Low leemos que se cree en ese país que algunas veces los hombres son metamorfoseados en árboles, y dice más adelante:

«Los Dayaks del interior veneran ciertas plantas, levantando á su lado pequeños altares de bambú en los que se pone una escalera para facilitar á los espíritus el acceso de las ofrendas, compuestas de alimentos, agua, etc., que se depositan sobre el altar en los dias festivos.»

No es ménos concluyente una opinion de los Iroqueses que nos da á conocer Morgan. «Suponen, dice, que los espíritus del trigo, de las habas, de los guisantes, tienen la forma de hermosas mujeres.» Esto nos recuerda las diademas de la mitología clásica, donde se las figura igualmente bajo la forma de espíritus femeninos de forma humana, y se le ofrecen sacrificios de la misma manera que en general se ofrecen á los espíritus de los hombres.

Armonízanse perfectamente esos hechos con las explicaciones precedentes, pero á la vez son incompatibles con las explicaciones animistas.

Luego, el culto de las plantas como el de los ídolos y de los animales, es una desviación del culto de los antecesores, bajo una forma un poco más confusa, pero en el fondo de igual naturaleza. El tronco arroja sus ramas en tres direcciones diferentes, pero no tiene más que una raíz.

Los efectos tóxicos producidos por ciertas plantas ó por extractos sacados de las mismas, ó por los jugos fermentados, se asimilan á otras excitaciones nervosas, que se atribuyen á espíritus ó demonios. Cuando la excitación es agradable, se mira al espíritu que la produce como un sér bienhechor, que se ingiere con la droga y que se supone que antes habitaba en la planta; se le identifica con un sér humano que ha existido, y se hace de él un dios al cual se dirigen preces y alabanzas.

Tribus que han abandonado los lugares donde crecían ciertos árboles ó plantas, cambian sin notarlo las leyendas que les hacen salir de entre esos árboles por leyendas que les dan á esos árboles como antecesores: las palabras que podrían expresar la diferencia de esas dos ideas no se encuentran en su vocabulario. Por lo tanto, creen que esos árboles son sus antecesores y los miran como sagrados.

Además, el hábito de dar á individuos nombres de plantas se convierte en una causa permanente de confusión. Para que fuera imposible el confundirlos, sería necesario emplear expresiones verbales capaces de distinguirlos, pero que no pueden existir en las lenguas groseras. De esta confusión nacen las ideas y los sentimientos que se unen al antecesor-planta, y que son de la misma naturaleza que los que hacen nacer el antecesor animal ó el antecesor bajo forma humana.

Así la teoría espiritista, que nos da la clave de otras supersticiones, nos da la clave de éstas, que sin ella implicarían absurdos gratuitos que no podemos legítimamente atribuir á los hombres primitivos.

#### CULTO DE LA NATURALEZA

Bajo este título que tomado literalmente comprenderá el tema de los dos anteriores, pero el cual ordinariamente se toma en una acepción más restringida, falta tratar de las creencias supersticiosas y de los sentimientos que se unen á los objetos ó á las fuerzas orgánicas más sorprendentes.

Si el lector no está sometido á la influencia de otras teorías, comprenderá anticipadamente la analogía que existe entre el génesis de estas supersticiones y de estos sentimientos y el génesis de las supersticiones y sentimientos de que ya hemos hablado. Hallará poco probable que saquen su origen de otras fuentes que aquellas que hemos descrito. Verá también que ciertos razonamientos que llevaban al hombre á confundir el objeto de su adoración con un sér humano que había dejado de existir, no pueden aplicarse al culto de la naturaleza. El sol y la luna no van á las viejas habitaciones, ni habitan la caverna funeraria como lo hacen ciertos animales; por consiguiente, no se tiene este motivo para considerarles como los espíritus del muerto. Los mares y las montañas no tienen, como ciertas plantas, la virtud de producir una exaltación nerviosa entre los que las comen; y no se puede explicar por los mismos razo-

namientos el por qué se les atribuye la divinidad. Quedan con todo causas comunes á estos diversos géneros de creencias: las falsas interpretaciones de frases y nombres. Antes de ocuparnos de las causas de orden lingüístico que producen el culto de la naturaleza, señalaremos una imperfección del lenguaje en su período rudimentario, la cual concurre á producir los mismos efectos que las demás imperfecciones.

Leemos en la vida de Mme. Somerville, que su hermanito, á la vista del gran meteoro de 1783, exclamó: «¡Mamá, mira la luna que huye!» Esta manera de describir un movimiento inorgánico por una palabra solo aplicable á un movimiento orgánico, es el ejemplo de un carácter propio del lenguaje de los niños y de los salvajes. El vocabulario de un niño se compone en gran parte de palabras que se refieren á los seres vivientes que principalmente le afectan; y lo que él dice de las cosas y de los movimientos no vivientes, prueba que le faltan palabras libres de toda relación con la vitalidad. Las palabras de los salvajes ofrecen el mismo carácter. Los negros del interior del África que acompañaron á Livingstone en su viaje á la costa occidental y que á su regreso contaron sus aventuras, describían su llegada á la playa en estos términos: «El mundo nos dice: He terminado; nada más hay de mí.» Las respuestas que dieron los Achantes á un corresponsal durante la última guerra, tienen la misma forma y suponen las mismas costumbres.

«Yo exclamaba, dice: Nosotros, sin embargo, deberíamos estar en Beulah. ¿Dónde nos hallamos? Nuestro guía contestó: Aquí, señor; mucha agua vivir, nosotros marchar á través de ella. — Pues ¿dónde está Beulah? — ¡Oh! Beulah vivir al otro lado de la gran colina.»

La observación que un jefe bechuano dirige á Casalís, tiene el mismo sentido: «Un acontecimiento es siempre hijo de otro, y nunca debemos olvidar su filiación.» Una lengua es tanto más pobre cuanto más metafórica, por consiguiente, como es el primer instrumento que sirve para expresar los asuntos humanos, lleva consigo ciertas ideas humanas cuando se la aplica por extensión al mundo material. Lo que lo prueba es, por ejemplo, que se puede hacer derivar el verbo inglés *to be* (ser) de una palabra que quiere decir respirar (*to breathe*).

Es evidente que este defecto del lenguaje primitivo concurre con los que ya dejamos observados, á favorecer la tendencia á personificar las cosas. Si alguna cosa suscita la idea de que una masa inorgánica fué en otro tiempo un sér hu-

mano ó que es habitada por el espíritu de un sér humano, la necesidad de emplear palabras que hagan creer en la vida favorece esta idea. Este defecto, reducido á él solo, probablemente no tiene sino una débil influencia. Aun cuando un sistema fetichista lógicamente constituido permite deducir que el agua que se mueve es viviente, no veo más que una razón sola que explique por qué el niño ante el espectáculo de la ebullición, notando que el agua «dice *bu bu*,» acaba, merced al uso que hace de la palabra «dice,» por creer que el agua es un sér viviente. Nada indica que el negro que hacia decir á la tierra «he terminado,» conciba la tierra como una criatura dotada de palabra. Todo lo que podemos decir sin equivocarnos, es que otras razones llevan al hombre á estas personificaciones erróneas, y que á continuación, el uso de palabras que suscitan la idea de la vida las fortifica. Para el culto de la naturaleza como para el de los animales y de las plantas, las creencias erróneas, proviniendo del lenguaje, arrancan dos proposiciones positivas aceptadas á título de autoridad, y cuya mala interpretación no se sabrá evitar.

Como dejo entrever que el culto de los objetos y de las fuerzas exteriores que llaman la atención del hombre y que concibe como personas, tiene por causa los errores del lenguaje, se creará tal vez que quiero conseguir un acuerdo entre mis ideas y las de los mitólogos. Pero si las malas interpretaciones de las palabras son en las dos hipótesis la causa atribuida á este culto, son en los dos casos de un género totalmente distinto y encaminan las ideas en direcciones contrarias. Los mitólogos pretenden que las fuerzas de la naturaleza concebidas primeramente y adoradas como impersonales, acaban por ser personificadas á causa de ciertos caracteres unidos á las palabras que se les aplica; y que solo más tarde es cuando se forman las leyendas sobre las personas identificadas con estas fuerzas naturales. Por el contrario, la idea que yo presento es la de que la personalidad humana es el elemento primitivo; que la identificación de esta personalidad con una fuerza ó un objeto natural viene de la identidad del nombre, y que, por consiguiente, el culto de esta fuerza natural nace en segundo lugar.

Para comprender mejor la diferencia de estas dos maneras de interpretación, pongamos un ejemplo.

En todo el invierno, la brillante luz del sol perseguida por la tempestad sombría, no ha dejado de esconderse ya tras las nubes ó ya detrás de las montañas. Apenas puede salir un momento de su retiro cuando la tempestad se pone de nuevo en su persecución con paso rápido y dejando oír el formidable

ruido del trueno; la obliga á retirarse prontamente. No obstante, despues de muchos meses, la tempestad la persiguió con ménos ardor, y viéndola más claramente se muestra más dulce; la luz del sol cobrando entonces algun valor, se deja ver de tiempo en tiempo durante más largos intervalos. La tempestad, que no habia podido apoderarse de ella persiguiéndola, amansada por sus encantos dirigióle declaraciones más graciosas. Finalmente, acabaron por unirse. Entonces la tierra se gozó en un calor húmedo; y de ellos recibieron movimiento las plantas que la cubrieron y la animaron con sus flores. Pero á cada otoño la tempestad vuelve á tomar un gesto feroz y á regañar; la luz del sol huye y la persecucion vuelve á empezar.

Supongamos que hayamos hallado á los Tasmanianos en un estado de semi-civilizacion, con un sistema mitológico avanzado; con una leyenda de este género no se vacilaria en interpretarla segun el método hoy en boga, ni en decir que expresa en lenguaje figurado los efectos conocidos de la asociacion de la luz del sol y de la tempestad, y que la representacion definitiva que ha resultado de la luz del sol y de la tempestad bajo la forma de personas que han vagado en otro tiempo sobre la tierra, es el producto de la tendencia natural á crear mitos que obedecen á los géneros de las palabras.

Al contrario, suponiendo que se haya hallado esta leyenda, ¿de qué manera se la explicará conforme á la hipótesis que hemos expuesto nosotros? Como hemos visto, los nombres de pila entre las razas no civilizadas, sacados de los incidentes del momento, se refieren con frecuencia al momento del dia y del tiempo que hace. Por ejemplo, nos dice Mason, los Karens dan á los niños el nombre de *Noche*, de *Luna saliente*, etc. Nada hay, pues, de sorprendente ó de excepcional en que *Plu-ra-na-lu-na*, que quiere decir luz del sol, sea el nombre de una mujer tasmaniana; no hay, pues, nada de excepcional en que entre los Australianos de las cercanías se encuentren los nombres de *Granizo*, *Trueno* y *Viento*. Por consiguiente, la concepcion que nosotros sacamos, la cual concuerda con todos los precedentes, es que el primer momento del génesis de este mito debe ser la existencia de seres humanos llamados tempestad y luz del sol; que la confusion que inevitablemente debia producirse en la traduccion, entre ellos y los agentes naturales de estos mismos nombres, ha dado lugar á la personificacion de estos agentes naturales y les ha hecho atribuir un origen y aventuras humanos. Una vez germinada la leyenda bajo esta forma, bastan algunas generaciones para elaborarla y ponerla de acuerdo con los fenómenos.

Examinemos de más cerca cuál de estas dos hipótesis concuerda mejor con

las leyes del espíritu y con los hechos que las diversas razas nos permiten estudiar.

La inteligencia humana, civilizada ó salvaje, como toda inteligencia, clasifica los objetos, los atributos, los actos, reuniendo todos aquellos que son de la misma especie. La misma naturaleza de la inteligencia nos impide suponer que los hombres primitivos hayan clasificado gratuitamente cosas diferentes como parecidas las unas á las otras. La repugnancia que se experimenta al colocarlas en el mismo grupo, debe estar en razon directa de la magnitud de su desemejanza. Si los hombres primitivos han colocado en un mismo haz, como si fuesen de la misma naturaleza, cosas despojadas de toda semejanza entre sí, ha sido menester, para obligarlas á ello, la fuerza de un prejuicio vigorosamente arraigado.

¿Qué grado de semejanza podemos hallar entre un hombre y una montaña? Uno y otra están formados de materia; aparte de esto, no puede verse entre estos dos seres la menor analogía. La montaña es grande, el hombre es relativamente pequeño; aquélla no tiene forma definida, la de éste es simétrica; la una se halla fija en la tierra, el otro se mueve; la primera es de una sustancia compacta, el segundo de una materia blanda; en la montaña hay apenas estructura y aun ésta es irregular, en el hombre la estructura interna es complicada y sujeta á un orden preciso. Así, pues, la clasificacion que las reúne como objetos análogos, es una violacion de las leyes del pensamiento; y es necesaria una credulidad sin límites para aceptar el parentesco de estos dos seres, considerando al uno como padre y como hijo al otro. Sin embargo, existen proposiciones cuya falsa interpretacion lleva á aceptar esta creencia.

Léanse primero en las *Razas indígenas de los Estados del Pacífico*, de Bancroft, los siguientes pasajes:

«Ikanam, el criador del Universo, es un dios poderoso entre los Chinuks; en el país habitado por este pueblo hay una montaña que lleva su nombre porque se cree que en ella se ha transformado aquel en piedra.»

«Las tribus californianas creen... que los Navajos han nacido de las entrañas de una gran montaña cerca del río San Juan.»

«Los ciudadanos de Méjico y los de Tlatelolco acostumbraban á visitar una colina llamada Cacatopec, pues decian que era su madre.»

«Por una pueril supersticion, dice Prescott, miraban sus famosas montañas